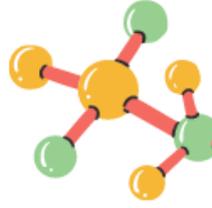


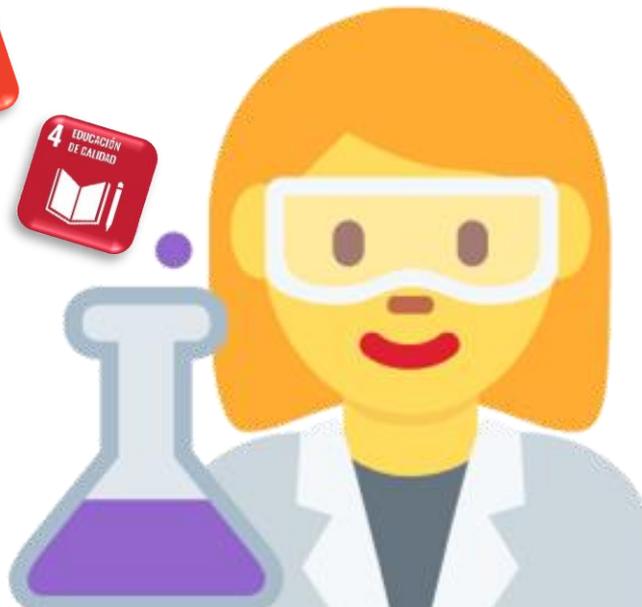
LAS NIÑAS TAMBIÉN QUIEREN SER CIENTÍFICAS.



RELATO SELECCIONADO

EL SUEÑO DE MARÍA

VÍCTOR R. D- 11 AÑOS



Hace mucho tiempo, conocí a una niña llamada María. Nada más verla, note que era una niña muy especial. A María le encantaba ayudar a los demás, era muy buena y servicial, con una cara que parecía un ángel. Le encantaba leer, y su gran sueño era que quería ser una excelente científica. María soñaba que un día descubriría una cura contra una malvada enfermedad, que padecía su madre; el cáncer de mama. Todos los días se decía así misma:

-No puedo perder ni un minuto más de mi tiempo. No puedo permitir que haya tanta gente sufriendo por esta maldita enfermedad.

Su madre, que en ese mismo momento estaba pasando la enfermedad, no quería que María se fuera a estudiar lejos de casa, ya que estaba a punto de recibir noticias de una universidad en Suiza.

-Mamá, dijo María: -Tienes que estar tranquila, sabes que siempre he querido ser una gran científica, y ahora mis ganas son mucho más grandes porque se lo que me gustaría descubrir. ¡No puedo quedarme parada...!

-Ya lo sé hija, contestó su madre, pero sabes que aquí me haces mucha falta. No hay nadie que me cuide mejor que tú, eres tan buena y cariñosa, tienes tanta paciencia. Cuando me pongo tan pesada y llorona solo tú sabes consolarme. Cuando me duele la espalda de estar tantos días en la cama, me alivias con esos masajes que me haces y siempre sabes que hacer para sentirme bien.

-Y qué crees mamá, ¿qué a mí no me cuesta marcharme ahora? Preguntó la joven con lágrimas en los ojos. Sabes que mi sueño de siempre ha sido ser científica y ahora mis ganas son todavía mayores. ¡Haré que te sientas muy orgullosa de mí! De todas las formas, no sé por qué me da, que no me van a llamar de la universidad.

-¡Claro que te llamarán! Exclamó la madre. El mundo no se puede perder una científica como tú.

Y las dos empezaron a reírse como locas. Pasaron los días y la joven María seguía sin recibir noticias de la universidad sueca. La verdad es que como estaba tan ocupada con la enfermedad de su madre no le daba tiempo a pensar que posiblemente esa carta nunca llegaría. Hasta que un día revisando el buzón...

-¡Mamá, mamá! Gritó la joven mientras corría a la habitación. ¡Ha llegado la carta de la universidad, tengo que irme dentro de dos días!

La madre al oírlo sintió un escalofrío, ella se alegraba por su hija, pero a la vez se sentía triste porque tenía que quedarse sin su querida hija. Se dieron un abrazo de más de diez minutos y lloraron más que reían. La madre le cogió las manos, la separó de ella y mirándola a los ojos le dijo:

-¡Ve y cumple tu sueño! Ojalá nadie tenga que pasar por lo que hemos pasado nosotras, aunque siempre hay que quedarse con lo bueno, y nosotras hemos aprendido mucho sobre esta enfermedad.

Llegó el día de que María se marchase a la universidad. Fue una dura despedida, pero su madre se quedó tranquila.

María llegó a Suiza y se puso a trabajar como nadie lo había hecho nunca. En un mes había avanzado muchísimo sobre los estudios de esa enfermedad, aunque las noticias que recibía sobre el estado de su madre no eran muy buenas.

Eso le daban más fuerzas para seguir adelante con la investigación. Pasado un año, María se hizo una importante científica y justo el día que María recibía un premio muy importante sobre la investigación del cáncer de mama, recibió la noticia de que su madre había muerto.

María recogió su premio, un trofeo con una placa en la que ponía “para la mejor investigadora del cáncer”. Pero sin duda, su mayor trofeo era saber que su madre antes de fallecer había mencionado lo orgullosa que estaba de ella.

